

mirada humana

Revista de Educación y Desarrollo Humano



CUANDO EL AULA DEJÓ DE SER UN SEGUNDO HOGAR



Cristina Guadalupe Carmona Mendieta
Doctorante del Doctorado en Desarrollo Humano

Cristina había sido maestra toda su vida. No solo enseñaba inglés; enseñaba también formas de mirar el mundo. Durante años, su salón de clases fue su refugio: un espacio donde las palabras tenían sentido y donde las miradas ávidas de sus alumnos la hacían sentirse viva, útil y reconocida. Era el lugar donde sentía que dejaba huella en sus estudiantes y ellos, a su vez, en ella. Era como tener una segunda familia que, invariablemente, cambiaba año tras año, pero cuyo proceso era tan hermoso que valía la pena vivirlo.

Recordaba con claridad aquellos días en los que los padres de familia le agradecían, los alumnos la escuchaban con atención y le pedían consejo porque encontraban en ella un lugar seguro. También era un espacio en el que las instituciones la respaldaban. En ese entonces, su vida tenía una dirección clara. Sentía orgullo, satisfacción y, sobre todo, paz.

Pero, con el tiempo, algo empezó a cambiar.

Al principio fueron detalles pequeños: alumnos distraídos o enojados, comentarios despectivos, directivos y padres de familia cada vez más exigentes. Luego, las actitudes se volvieron más duras: reclamos, cuestionamientos e incluso amenazas. Entonces, Cristina comenzó a sentir una incomodidad que no lograba explicar.

En su cuerpo aparecieron sensaciones nuevas: tensión en el pecho, tristeza, enojo, frustración, cansancio constante y una pesadez que no desaparecía ni siquiera después de dormir. Sus pensamientos comenzaron a llenarse de preguntas: ¿Qué está pasando? ¿Por qué ya no es lo mismo?

Y, sin darse cuenta, la maestra que antes se sentía segura, feliz y profundamente motivada para dar lo mejor de sí a sus alumnos comenzó a sentirse sola.

El aula, que antes había sido su hogar y su espacio de felicidad, empezó a

convertirse en un lugar incierto. Cristina observaba cómo las instituciones exigían cada vez más: reportes de calificaciones detallados, planeaciones que cambiaban constantemente, actividades que no correspondían con su materia, cuatro o cinco cursos obligatorios al año para “mejorar” como profesora e incluso el diseño de estrategias para retener alumnos.

Pero nadie parecía preguntar cómo se sentían los docentes. Nadie parecía verlos.

Poco a poco, una idea comenzó a formarse dentro de ella:

Ya no soy valorada... soy utilizada.

Ese pensamiento le dolía. Porque no solo cuestionaba su trabajo; cuestionaba su identidad.

Las relaciones con sus compañeros también cambiaron. La disminución de la matrícula generó competencia. Cristina tuvo oportunidad de observar cómo, cada ciclo escolar, despedían a maestros que no cumplían con los requisitos de la institución, que no eran del agrado de los alumnos o que eran cuestionados por los padres de familia. El ambiente se volvió tenso. Donde antes había colaboración, ahora había desconfianza.

Cristina comenzó a sentir frustración, tristeza y desmotivación. Pero también miedo:

- miedo a perder su estabilidad;
- miedo a dejar aquello que había construido durante tantos años;
- miedo a no saber quién sería fuera de la docencia.

Durante mucho tiempo intentó resistir. Se decía a sí misma que todo pasaría, que debía adaptarse, que quizá era la edad lo que la hacía menos tolerante.

Pero algo dentro de ella ya no estaba en equilibrio.

Había una ruptura: por un lado, su idea de la educación como un acto hermoso, lleno de sentido y alegría; por otro, una realidad que parecía vacía, mecánica y deshumanizada. Esa discrepancia creció hasta volverse imposible de ignorar.

Un día, después de una jornada especialmente difícil, Cristina se quedó sola en el salón.

El silencio era distinto. No era el silencio tranquilo de antes; era un silencio pesado. Se sentó en su escritorio y, por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir sin defenderse.

Sintió el cansancio acumulado. Sintió la tristeza de lo que había perdido. Sintió el miedo ante aquello que todavía no sabía. Y entonces se hizo una pregunta que lo cambió todo:

¿Dónde quedé yo en todo esto?

Esa pregunta la atravesó.

Se dio cuenta de que había puesto su vocación por encima de sí misma. Había sostenido una estructura que ya no era congruente con sus valores y había callado sus propias necesidades.

Ahí, en ese momento, Cristina tocó fondo. Pero también, en ese mismo instante, algo comenzó a moverse.

Cristina empezó a mirarse con mayor honestidad.

Tomó conciencia de sí misma y del mundo que la rodeaba. Entendió que su malestar no era casual: era una respuesta a una realidad que ya no correspondía con lo que ella creía ni con la manera en que quería vivir su día a día.

Reconoció sus valores: respeto, dignidad y bienestar.
Y reconoció también sus necesidades: ser vista, ser valorada y estar en paz.

Entonces apareció una idea que hasta ese momento le había parecido descabellada:

Ya no quería seguir trabajando de la misma manera, porque eso implicaba continuar igual.

Dentro de ella surgió una fuerza nueva: el deseo de cambiar, de cuidarse y de recuperar el sentido de su vida.

También descubrió algo más: era libre. Libre para decidir cómo seguir, para poner límites y para decir: "hasta aquí".

Analizó su situación:

- No quería seguir en un entorno que la dañaba; sabía que ese daño también permeaba a su familia.
- Podía empezar a cambiar su manera de actuar.
- Quería recuperar su bienestar.
- Y, al menos en parte, podía hacerlo.

Ese descubrimiento la fortaleció.
Cristina tomó una decisión: ponerse en primer plano.

No significaba renunciar inmediatamente ni hacer cambios radicales. Significaba algo más profundo: empezar a elegirse a sí misma en cada decisión.

Comenzó a poner límites con sus alumnos, compañeros y autoridades. A cuestionar aquello que antes aceptaba sin chistar. A cuidar su energía emocional.

No todo fue fácil. Hubo dudas, incertidumbre, momentos de tensión y miedo.

Pero también apareció algo nuevo: una sensación de coherencia interna.
Poco a poco, Cristina dejó de definirse únicamente como maestra. Empezó a reconocerse como persona y, en ese reconocimiento, algo comenzó a reconstruirse.

Ya no era la misma de antes.

Pero tampoco estaba perdida.

Estaba en proceso.

Un día, mientras terminaba su clase, Cristina se dio cuenta de algo distinto.

No había cambiado el sistema. No habían cambiado las instituciones.

Pero ella sí había cambiado su manera de estar en el mundo.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió calma. No porque todo estuviera resuelto, sino porque ahora sus decisiones estaban

más alineadas con lo que sentía y pensaba.
Había encontrado una nueva forma de ser.

Y entendió algo que antes no podía ver:

Su felicidad y su ética no estaban en cumplir con todo, sino en no dejar de ser fiel a sí misma.

Moraleja

La verdadera transformación no siempre ocurre cuando cambia el entorno, sino cuando una persona toma conciencia de sí misma, reconoce su dignidad y encuentra la manera de actuar en congruencia con sus valores.

LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL COMO ESPEJO ANTROPOLÓGICO: DISONANCIA COGNITIVA Y RECONFIGURACIÓN DE LA IDENTIDAD HUMANA



Sofía Esperanza Cañón Reyes

Doctorante del Doctorado en Desarrollo Humano

Resumen

La irrupción de la Inteligencia Artificial (IA) constituye uno de los acontecimientos más significativos del siglo XXI, no únicamente por sus implicaciones tecnológicas, sino por las profundas interrogantes filosóficas que plantea sobre la condición humana. Este ensayo sostiene que la IA representa un desafío simultáneamente epistemológico y ontológico, al confrontar al ser humano con la necesidad de redefinir su identidad, su modo de conocer

y el sentido de su existencia. Desde una perspectiva interdisciplinaria, se analizan las nociones de naturaleza humana presentes en Thomas Hobbes y Jean-Jacques Rousseau; la teoría de la disonancia cognitiva de Leon Festinger; el enfoque humanista de Carl Rogers; y la identidad narrativa propuesta por Paul Ricoeur. Se argumenta que la verdadera revolución provocada por la IA no consiste en la creación de sistemas cada vez más inteligentes, sino en el cuestionamiento que estos suscitan acerca de aquello que distingue esencialmente al ser humano. Finalmente, se plantea una reflexión personal en la que la Inteligencia Artificial es comprendida como un espejo antropológico que invita a reconstruir la comprensión de la humanidad desde una perspectiva ética, fenomenológica y humanista.

Palabras clave: Inteligencia Artificial, ontología, epistemología, disonancia cognitiva, identidad narrativa, humanismo, naturaleza humana.

Introducción

Toda gran revolución tecnológica ha transformado la manera en que el ser

humano comprende el mundo; sin embargo, pocas han cuestionado con tanta intensidad la comprensión que posee de sí mismo como la Inteligencia Artificial. Si la primera de estas heridas narcisistas —siguiendo la expresión freudiana— fue la copernicana, que desplazó a la Tierra del centro del universo, la segunda fue la darwiniana, que situó a la humanidad dentro de la continuidad biológica de las especies, despojando al ser humano de su estatus de creación divina privilegiada, integrándolo como un animal más dentro de la evolución. La tercera fue la propiamente freudiana, que reveló que el yo consciente no tiene el control absoluto de su propia mente, pues está gobernado en gran medida por impulsos del inconsciente, la IA parece inaugurar una cuarta gran descentralización: la de la inteligencia como atributo aparentemente exclusivo del ser humano (Floridi, 2014).

Durante siglos se asumió que razonar, crear, interpretar, escribir o resolver problemas complejos eran capacidades que definían la singularidad humana. El desarrollo de modelos capaces de ejecutar muchas de estas tareas obliga a replantear preguntas que pertenecen más al ámbito de la filosofía que al de la ingeniería: ¿qué significa realmente pensar?, ¿es suficiente la capacidad de procesar información para hablar de inteligencia?, ¿qué diferencia a una persona de un sistema altamente sofisticado?

Estas preguntas no son únicamente técnicas. Poseen un profundo carácter epistemológico, porque obligan a revisar los criterios mediante los cuales afirmamos conocer; y un evidente

alcance ontológico, porque invitan a redefinir aquello que entendemos por ser humano y su sentido.

La tesis central de este ensayo sostiene que la Inteligencia Artificial constituye un acontecimiento antropológico antes que tecnológico. Su principal aportación no consiste en reemplazar capacidades humanas, sino en confrontar a la humanidad con una profunda disonancia cognitiva respecto de su propia identidad. En este escenario, las aportaciones de Hobbes, Rousseau, Festinger, Rogers y Ricoeur permiten comprender que el problema fundamental no radica en la inteligencia creada, sino en el significado que el ser humano atribuye a su propia existencia frente a ella.

La Inteligencia Artificial como expresión de la naturaleza humana

Toda creación tecnológica refleja, en alguna medida, la naturaleza de quien la produce. La Inteligencia Artificial no constituye una excepción. Antes de preguntarnos qué es la IA, resulta pertinente preguntarnos qué revela sobre quienes la desarrollan.

Thomas Hobbes concebía al ser humano como un individuo movido por el deseo de conservación, seguridad y poder (Hobbes, 1651/2017). Desde esta perspectiva, el progreso tecnológico puede interpretarse como una extensión de las capacidades humanas para reducir la incertidumbre y ampliar el dominio sobre el entorno. La IA representa, quizá, la expresión más sofisticada de esta búsqueda de ampliación de las facultades cognitivas.

Sin embargo, reducir la IA únicamente

a una herramienta de poder resultaría insuficiente. Su desarrollo también expresa una aspiración profundamente humana: comprender el funcionamiento de la inteligencia reproduciéndola artificialmente. Paradójicamente, cuanto más se intenta construir una inteligencia semejante a la humana, más evidente resulta que aún desconocemos con precisión qué constituye la inteligencia misma.

Esta paradoja convierte a la IA en un espejo antropológico: cada avance tecnológico revela tanto las capacidades alcanzadas como las preguntas que permanecen abiertas acerca de nuestra propia condición.

Rousseau y la paradoja del progreso
Frente al optimismo tecnológico contemporáneo, las reflexiones de Jean-Jacques Rousseau conservan una sorprendente actualidad. Para el filósofo ginebrino, el progreso material no necesariamente implica progreso moral. Las ciencias y las artes, advertía, pueden perfeccionar las herramientas humanas sin perfeccionar al propio ser humano (Rousseau, 1755/2005).

La Inteligencia Artificial ejemplifica esta tensión con particular claridad. Nunca antes la humanidad había dispuesto de sistemas capaces de producir conocimiento con semejante velocidad; sin embargo, la abundancia de información no garantiza una mayor sabiduría.

La IA facilita decisiones, automatiza procesos y multiplica la productividad. Al mismo tiempo, incrementa la dependencia tecnológica, modifica las

relaciones interpersonales y transforma la manera en que las personas construyen significado. La eficiencia corre el riesgo de convertirse en el principal criterio de valoración, relegando dimensiones esenciales como la reflexión ética, la empatía o la experiencia vivida.

La advertencia de Rousseau adquiere así una renovada vigencia: el desarrollo técnico puede avanzar con mayor rapidez que el desarrollo moral. Cuando ello ocurre, la humanidad enfrenta el peligro de confundir progreso con plenitud.

La disonancia cognitiva frente a una inteligencia creada

Leon Festinger definió la disonancia cognitiva como el estado de tensión psicológica que aparece cuando una persona mantiene simultáneamente creencias incompatibles (Festinger, 1957). La irrupción de la Inteligencia Artificial parece haber generado una disonancia colectiva.

Durante siglos se sostuvo que el razonamiento complejo, la creatividad lingüística y la resolución de problemas constituían rasgos exclusivamente humanos. Sin embargo, los sistemas actuales producen textos, traducen idiomas, diagnostican enfermedades, generan imágenes e incluso colaboran en investigaciones científicas.

El conflicto no surge porque las máquinas posean necesariamente conciencia, sino porque cuestionan categorías que durante mucho tiempo parecían indiscutibles.

La disonancia se manifiesta en múltiples niveles. Algunas personas consideran que la IA representa el mayor avance de

la historia; otras la perciben como una amenaza para el empleo, la creatividad o incluso para la supervivencia humana. Ambas posturas suelen coexistir incluso dentro del mismo individuo.

Desde una perspectiva epistemológica, esta tensión obliga a revisar qué entendemos por conocimiento. Si un algoritmo produce respuestas correctas sin comprender su significado, entonces el conocimiento humano no puede reducirse a la mera acumulación de información. Debe incluir interpretación, contexto, juicio, criterio, responsabilidad, entre otras más.

Ontología del ser humano frente a la Inteligencia Artificial

La pregunta ontológica fundamental permanece abierta: ¿qué significa ser? En el contexto de la IA esta cuestión adquiere una dimensión inédita. Si una máquina puede ejecutar procesos tradicionalmente asociados con la inteligencia, ¿qué permanece como rasgo distintivo de la existencia humana?

Martin Heidegger advertía que el peligro de la técnica no radica exclusivamente en los instrumentos, sino en la posibilidad de que el ser humano termine comprendiéndose a sí mismo como un recurso más dentro del sistema técnico (Heidegger, 1977). En un sentido cercano, Hans Jonas sostenía que el poder técnico contemporáneo exige una ética de la responsabilidad proporcional al alcance de sus efectos (Jonas, 1979).

Esta advertencia resulta especialmente pertinente. Existe el riesgo de valorar

a las personas únicamente por su productividad, velocidad o eficiencia, es decir, utilizando los mismos parámetros con los que evaluamos los sistemas artificiales.

Sin embargo, el ser humano no puede reducirse a funciones computacionales. La existencia humana implica corporalidad, temporalidad, vulnerabilidad, finitud, experiencia y espiritualidad. Vivir no consiste únicamente en procesar información, sino en otorgarle significado desde la propia biografía.

La ontología humana permanece ligada a la experiencia del mundo y no exclusivamente a su representación.

Carl Rogers y la dimensión irreducible de la persona

Dentro del pensamiento humanista, Carl Rogers ofrece una perspectiva particularmente valiosa para este debate. La tendencia actualizante describe la capacidad inherente de todo organismo para desarrollarse, reorganizarse y orientarse hacia formas de funcionamiento más integradas cuando las condiciones relacionales lo permiten (Rogers, 1961, 1980).

Esta concepción trasciende la inteligencia entendida como rendimiento cognitivo. Una persona plenamente funcional no se caracteriza únicamente por resolver problemas, sino por vivir de manera congruente con su experiencia, abrirse al cambio, construir relaciones auténticas y asumir responsablemente su libertad.

La IA puede aprender patrones, optimizar procesos e incluso simular conversaciones

empáticas. No obstante, carece de experiencia fenomenológica. No experimenta alegría, incertidumbre, pérdida, esperanza ni crecimiento existencial. Tampoco desarrolla una sabiduría organísmica derivada de la integración entre emoción, cuerpo y conciencia.

Desde esta perspectiva, el valor de la persona no reside exclusivamente en su capacidad intelectual, sino en su posibilidad de convertirse continuamente en sí misma.

Precisamente allí emerge uno de los mayores desafíos contemporáneos: evitar que la fascinación por la inteligencia artificial conduzca a olvidar la riqueza irrepetible de la inteligencia humana entendida como experiencia vivida.

Ricoeur y la identidad narrativa

Paul Ricoeur propone que la identidad humana no puede comprenderse únicamente desde la permanencia de determinadas características, sino desde la historia que cada individuo construye acerca de sí mismo (Ricoeur, 1996).

La identidad no es un objeto terminado; constituye un relato en permanente elaboración.

Esta perspectiva permite establecer una diferencia fundamental entre la memoria humana y la memoria artificial. Mientras la segunda almacena información, la primera transforma los acontecimientos en significado (Ricoeur, 2006).

Una base de datos conserva hechos; una persona construye identidad.

La IA puede producir narraciones coherentes, pero no posee una autobiografía vivida. No recuerda desde la experiencia, sino desde registros estadísticos. Carece de aquella continuidad existencial mediante la cual el sufrimiento, el amor, el fracaso y la esperanza configuran la comprensión que una persona tiene de sí misma.

En consecuencia, la identidad narrativa continúa siendo una dimensión profundamente humana. El relato no consiste únicamente en organizar palabras, sino en otorgar sentido a la existencia.

Reflexión personal: la IA como oportunidad para redescubrir la humanidad

A mi juicio, el debate contemporáneo sobre la Inteligencia Artificial suele formularse desde una pregunta equivocada. Con frecuencia se discute si las máquinas llegarán a ser como nosotros; sin embargo, quizá la cuestión verdaderamente importante sea si nosotros seguiremos comprendiendo aquello que nos hace humanos.

La historia demuestra que cada avance tecnológico modifica nuestras formas de vida, pero también transforma nuestra manera de interpretarnos. La IA representa un punto de inflexión porque cuestiona una de las convicciones más arraigadas de la cultura occidental: que la inteligencia constituye el rasgo definitorio de la humanidad.

Considero que esta premisa merece ser revisada. La inteligencia, por extraordinaria que sea, no agota la complejidad del ser humano. Somos seres capaces de otorgar significado, de construir identidad mediante la memoria, de asumir responsabilidad ética y moral, de experimentar vulnerabilidad y de orientar nuestra existencia hacia valores libremente elegidos.

Paradójicamente, la IA podría terminar desempeñando una función profundamente humanizadora. Al observar sistemas capaces de ejecutar tareas intelectuales con enorme eficacia, descubrimos que aquello que verdaderamente distingue a la persona no se limita a resolver problemas, sino a preguntarse por el sentido de vivir, amar, sufrir, crear y convivir con otros.

Desde esta perspectiva, la IA deja de ser únicamente una innovación tecnológica para convertirse en una invitación filosófica. Nos obliga a abandonar definiciones simplificadas del ser humano y a reconocer que la dignidad personal trasciende cualquier capacidad computacional.

Quizá la mayor creación de la Inteligencia Artificial no sea una máquina capaz de aprender, sino una humanidad obligada a conocerse nuevamente.

Aquí surge una pregunta que considero particularmente relevante: ¿podría una quinta revolución del conocimiento centrarse no ya en la inteligencia, sino en la conciencia? No como una profecía sobre el desarrollo tecnológico, sino como consecuencia lógica de la pregunta abierta por la cuarta

revolución. Si llegamos a distinguir con suficiente precisión entre procesamiento de información, inteligencia, experiencia y conciencia, el problema antropológico cambiará nuevamente de lugar.

La pregunta ya no sería solamente si una máquina puede ser inteligente, sino qué significa ser consciente. Y esa pregunta puede devolvernos, paradójicamente, a aquello que la tecnología parecía desplazar: la necesidad de una filosofía del ser humano.

Conclusiones

La Inteligencia Artificial constituye uno de los mayores desafíos filosóficos de nuestra época porque transforma, integra simultáneamente nuestra comprensión del conocimiento, de la identidad y del ser.

Desde Hobbes puede comprenderse como una extensión del deseo humano de ampliarse sus capacidades; desde Rousseau, como una expresión del progreso técnico que exige un equivalente desarrollo moral; desde Festinger, como detonante de una profunda disonancia cognitiva; desde Rogers, como una oportunidad para reivindicar la experiencia vivida y la tendencia actualizante; y desde Ricoeur, como un recordatorio de que la identidad humana se construye narrativamente y no únicamente mediante información.

El verdadero debate no consiste en determinar si la IA llegará a pensar como los seres humanos, sino en esclarecer qué significa pensar, comprender, experimentar y existir desde lo humano.

Mientras la tecnología continúe

evolucionando, la pregunta por la naturaleza humana permanecerá abierta. Esa pregunta no pertenece exclusivamente a la informática ni a la ingeniería, sino a la filosofía, a la psicología, a la ética y al derecho.

En última instancia, el futuro de la Inteligencia Artificial dependerá menos de la capacidad de las máquinas que de la capacidad del ser humano para conservar una comprensión profundamente humanista de sí mismo. Solo así la innovación tecnológica podrá convertirse en un instrumento para el desarrollo integral de la persona y no en un factor de deshumanización.

Tal vez la historia recuerde este periodo no como el momento en que las máquinas comenzaron a pensar, sino como el momento en que la humanidad volvió a preguntarse qué significa pensar, experimentar, ser consciente y existir.

La mayor innovación de la Inteligencia Artificial quizá no consista en haber enseñado a las máquinas a procesar información, sino en haber obligado a la humanidad a volver a preguntarse quién es.

Referencias bibliográficas sugeridas

- Festinger, L. (1957). A Theory of Cognitive Dissonance. Stanford University Press.
- Floridi, L. (2014). The Fourth Revolution: How the Infosphere Is Reshaping Human Reality. Oxford University Press.
- Heidegger, M. (1977). La pregunta por la técnica.
- Hobbes, T. (1651/2017). Leviatán.
- Jonas, H. (1979). El principio de responsabilidad.
- Ricoeur, P. (1996). Sí mismo como otro.
- Ricoeur, P. (2006). La memoria, la historia, el olvido.
- Rogers, C. R. (1961). El proceso de convertirse en persona.
- Rogers, C. R. (1980). A Way of Being.
- Rousseau, J.-J. (1755/2005). Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres.